

## Oradores griegos

### *Lección II*

Anteayer hablamos de la elocuencia griega, y su estado en el período anterior, al nacer de la retórica; y por nacimiento de la retórica se ha de entender la compilación del primer tratado que tuvo lugar en Sicilia hacia 465 antes de Cristo.

El tal tratado titúlase *técne retoriké*, *arte retórico*, pero la costumbre quiso que por *técne*, *arte*, sin más calificación se entendiera un tratado de arte retórico.

Este uso antonomástico de la palabra *técne*, *arte*, se explica, no tanto por la importancia que vino a tener la retórica, como por ser aquel tratado el primero tal vez que se publicara de un arte cualquiera, puesto que el tratado de música que Suidas atribuye a Laso de Hermione, o no existió jamás o era apócrifo.

Era, en efecto, un hecho nuevo; hasta entonces los maestros de cada arte guardaban con recelo las preciosas enseñanzas de la experiencia para transmitir las oralmente a sus discípulos y he aquí que surgen los *tratados* de repente, para ponerlos al alcance de todos.

Aristóteles afirma que antes de surgir la retórica ya existen escuelas de elocuencia enteramente prácticas, en las que enseñábase por modelos, esto es, haciendo estudiar de memoria a los alumnos oraciones compuestas por el maestro; y cen-

surando tal método agrega que era como si un zapatero pudiese ante sus aprendices zapatos ya hechos.

Añade, concluyendo, que Gorgias, adoptó en parte este método.

Pero es absurdo suponer que el maestro entregara a los discípulos una oración sin explicarles el por qué de su composición; Aristóteles se refiere sin duda a los llamados *lugares comunes*, o *lugares* de donde se sacaban los argumentos comunes a todas las causas en general, porque los argumentos propios de cada causa en particular no pueden ser materia de enseñanza.

Los lugares comunes en tiempo de Aristóteles constituían gran parte de los tratados de retórica, y se exponían en forma didáctica, metódicamente clasificados.

Pues estos, Gorgias, como aun puede verse en el elogio de Helena, los enseñaba prácticamente aplicándolos en oraciones por causas supuestas.

El defecto de los primeros tratados, al decir de Isócrates, consistía en limitar el estudio a la sola elocuencia judicial; siendo así que cuanto hay susceptible de enseñanza en el arte de la palabra conviene igualmente a todas las formas de la elocuencia, a la judicial, no menos que a la deliberativa y a la epidíctica.

Se deben a los siracusanos las primeras *technas*: la noticia es dada por Aristóteles; y Cicerón nos hace saber que en una obra que se perdió, Aristóteles indicaba a Corax como autor del primer tratado de retórica.

Según él, la idea de componerlo se presentó a Corax cuando en 465, suprimida la tiranía, volvieron a funcionar los tribunales populares, presentándose muchos a reclamar lo que les fuera embargado por los tiranos.

Imita Aristóteles el surgir de la elocuencia judicial con el restablecimiento de los tribunales populares, esto es de tribunales, en los que juzgaba el pueblo; y esto porque para la elocuencia, según él, y los griegos así lo entendían, se precisa un

público de no grande cultura; con personas cultas no se precisan razones, basta la exposición de los hechos.

Casi nada sabemos de Corax. Era maestro de Tisias y convino con él que le pagaría al primer pleito que ganara, mas no ofreciéndose pleitos a Tisias, y no queriendo Corax esperar más, lo citó ante el juez, porque o el juez, decía, lo condenaba y le pagaría a raíz del fallo, o lo absolvía, y debía pagarle por haber ganado la causa, según lo convenido.

Pero Tisias invirtió el dilema y repuso que no pagaría, absuelto en virtud de la sentencia, y condenado por no haber ganado el pleito. El juez que los estaba oyendo, como Corax significaba cuervo, jugando con el vocablo, exclamó : « de un mal cuervo, huevo malo ».

Basta con decir que la misma anécdota se cuenta de Protagoras y su discípulo Enatlo para dudar de su valor histórico.

Se creía que *La retórica a Alejandro*, que anda entre las obras de Aristóteles, era el tratado de Corax, y esto por ciertas expresiones que se leen en la dedicatoria; pero hoy con Vettori se cree autor de ella a Anaxímenes, discípulo de Isócrates.

En su tratado, Corax distinguía ya las partes de una oración, y al exordio lo llamaba catártasis.

El solo lugar común de que trataba era el de la verisimilitud.

¿Es cuestión de un homicidio? Demuestre el acusado lo inverisímil de la imputación, por ser él un hombre miedoso, débil; por no haber existido ninguna enemistad entre él y la víctima y porque de su muerte no le resultaba ningún provecho.

¿Todas las circunstancias están en su contra y sólo él puede ser el asesino? Pues por esto mismo demuestre su inocencia; no siendo verisímil que uno cometa un crimen, con la seguridad de que le será imputado. No hay acusación que no

sea verisímil o inverisímil, y los argumentos de Corax eran pues de aplicación universal, nota Aristóteles.

Ya sabemos, pues, lo que quiere decir Platón, cuando acusa a Tisias y a Gorgias de buscar tan solo lo verisímil; quiere significar que no empleaban aún sino este lugar común.

Tisias, también siracusano, fué con Nicias, dicen, maestro de Licias, según algunos en Tusias, colonia panhelénica fundada en 443 antes de Cristo, según otro en la misma Siracusa.

Dicen también que acompañó a Gorgias a Atenas en 427 antes de Cristo, pero no se comprende cómo acompañara a Gorgias que iba a Atenas a pedir socorro precisamente contra los siracusanos.

Hay quien hace a Gorgias discípulo de Tisias, pero probablemente sólo porque Platón cita a los dos retóricos juntos, y pone el nombre de Gorgias después del de Tisias (*dejemos dormir a Tisias y a Gorgias*).

En la sucesión cronológica de los retóricos, Aristóteles deja a Tisias el segundo lugar, y el primero lo asigna a varios, pues dice : « *Tisias recibió la retórica de manos de los primeros* ».

Ahora, uno de éstos era, a no dudar, Corax, que fué maestro directo de Tisias; el otro (porque el plural implica la existencia por lo menos de un otro) lo encontramos indicado en las palabras « También Empédocles, dió un primer impulso a la retórica ».

Aristóteles dice propiamente que se creía « que también Empédocles moviera algo », más el *mover* de Aristóteles hay que interpretarlo con arreglo a su idea fija del motor inmóvil.

El representante en la formación de la retórica del impulso Empédocles no puede ser por tanto sino su discípulo Gorgias, que es uno de los primeros fundadores y no alumno de Tisias.

Esto no quiere decir que Gorgias no se apresurara a apro-

vechar las enseñanzas de Tisias, una vez que éste hubo publicado su tratado; pues por su larga edad, Gorgias fué contemporáneo de los primeros retóricos y émulo de los últimos.

En fin, no sabemos nada relativamente a Tisias; su mismo viaje a Atenas, dada la hostilidad de esta última y Siracusa en la época en que tendría lugar, es, como ya dije, difícil de admitir.

Las relaciones que se advierten entre dos escritores, ya sea de ideas, ya sea de forma, los gramáticos las traducían sin reparar ni en la cronología siquiera, en relaciones de parentesco o de patria, o de maestro a discípulo.

Las muchas inexactitudes que se pueden demostrar hacen dudar aún de la que por sí no sería inverisímil.

Tisias pudo ejercer influencia por medio de su tratado, del que sólo sabemos que distinguióse del de Corax en muy pocas cosas.

No tratábase aquí sino de la acusación y la defensa, esto es naturalmente sólo en los casos en que no había sino pruebas circunstanciales.

No sabemos a ciencia cierta cómo estaban constituídos los tribunales. Consta que se insistía mucho en estos tratados en la necesidad de granjearse ya desde el principio el favor del juez.

Ni Corax ni Tisias buscaban efectos estéticos, ni se ocupaban de la elocución; sin embargo, las palabras de Platón harían suponer que ya Tisias estudiara aquella parte de la retórica que llamóse después amplificación.

El caso es que Platón habla de los dos juntos y no es dable distinguir lo que es propio de Tisias y lo que se refiere a Gorgias.

Gorgias era de Leontium en Sicilia; debió de nacer hacia 485 antes de Cristo. Fué a Atenas en calidad de embajador en 427 antes de Cristo, y la oración que recitó en tal circunstancia excitó la más grande admiración.

Esto basta para demostrar que aquella era su primera visita.

A Atenas volvió varias veces, y ya desde su primera ida se detuvo en ella enseñando con gran provecho pecuniario.

Era su costumbre disertar sobre cualquier tema que se presentase y contestar a cualquier pregunta.

Los gramáticos, añaden, que daba estas pruebas de ciencia universal en los teatros, y que se consideraban festivos los días en que disertaba, y que sus declamaciones se llamaban *lámparas*.

Pasó su vida enseñando por las varias ciudades de Grecia, recitando oraciones en fechas solemnes, y excitando la admiración universal no menos con su palabra que con su lujoso atavío.

Por fin se fué a Tesalia, donde moró largamente sobre todo en Larisa, y se hizo tan popular que su nombre era sinónimo de elocuencia. Allá murió a los 105 años de edad, o a los 108, hacia 380 antes de Cristo.

Gorgias permaneció soltero, ganó más que cualquier otro maestro andante de su tiempo, pero gastaba con la misma facilidad con que ganaba y no dejó al morir sino mil estateres de oro (unas veinte mil pesetas).

Tenía un hermano llamado Heródico; discípulos que le acompañaban en sus peregrinaciones, muchos de los cuales, como Polo, Menas, etc., se hicieron célebres. Los levantinos acuñaron en su honra una medalla con la cabeza de Apolo en el anverso y un cisne en el reverso.

Gorgias era filósofo y compuso una obra titulada : *De la naturaleza o el no ente*; sostenía lo que hoy llamaríamos *la no existencia de la cosa en sí*, la imposibilidad de conocerla dado que existiese y de comunicar su conocimiento a otros dado que se conociese. Isócrates lo pinta con Zenón y Meliso y con los Eléatas lo estudia Aristóteles o quienquiera sea el autor del ensayo que anda entre sus obras.

Cierto es que, como los Eléatas, corroboraba sus opiniones

con pruebas y que por este respecto fué con Parménides, Zenón y Protágoras un precursor de la Lógica.

Por lo paradójico de su tesis los gramáticos lo clasificaron entre los *sofistas o falsos filósofos*; pero no se le da esta clasificación ni en Platón ni en Aristóteles, por lo que yo recuerdo.

Isócrates, el más distinguido de sus discípulos, llama escuela de filosofía a la suya, que continuaba en Atenas la de Gorgias.

*Sofista* se le puede llamar tan sólo en cuanto este nombre se extendió popularmente a todos los maestros de la nueva escuela que se había ido constituyendo en Atenas.

Nada nos autoriza a suponer que Gorgias no estuviese persuadido de lo que enseñaba como filósofo o que, como Protágoras, se complaciese en forjar a sabiendas, argumentos capciosos. Müller, tan docto y considerado, llama a Gorgias filósofo, autor de una filosofía negativa.

A su obra filosófica se asigna, aproximadamente la fecha 444 antes de Cristo.

Tenía, pues, ya 41 años cuando la compuso. Abandonó la filosofía; pero no porque la despreciara — ya que solía comparar a los que la abandonaban por otros estudios, a los pretendientes de « Penélope » que aspiraban a la mano de la dueña y se contentaban con las criadas.

Se hizo, pues, maestro de retórica y como tal se presenta en el diálogo platónico.

A Gorgias se remontan las dos fórmulas del programa de la nueva escuela, que tanto escandalizaron a los absolutistas. En ella se enseñaba — decía —, a hablar de todo convenientemente y a hacer superior la razón más débil.

Sófocles le hace decir a su Edipo « que él no conoció jamás a un hombre honrado que hablara de todo convenientemente » y en cuanto a Aristófanes todos conocen la contienda de Las Nubes entre *la razón superior y la más débil*.

Gorgias, con la primera fórmula, quería significar lo que después dijo Aristóteles; esto es : que la retórica, como la dialéctica, no tiene un objeto fijo y conviene a todas las opuestas como que estudia *el hablar conveniente en sí*; y en cuanto a la segunda los Fariseos de Atenas no observaban que *la causa débil* — como diríamos nosotros, — no es *la causa injusta*.

Cuenta que Gorgias, leyendo el diálogo platónico que lleva su nombre, exclamó : « He aquí tu arquíloco ».

Gorgias no se contentaba con la elocuencia judicial (Dionisio afirma que no existían oraciones judiciales de Gorgias), pero esto no quiere decir que excluyera de su enseñanza la oratoria forense; antes, por el contrario, se refería a ella lo *de hacer superior la causa inferior*.

Puede considerarse a Gorgias como el primero que se ocupara de los tres géneros de la elocuencia; que extendiera a todos la retórica y que considerara a ésta como una facultad que se desarrolla con ejercicios convenientes.

Llamábase *epideízeis* (demostración) a los discursos que los maestros recitaban en la escuela o leían como ejemplos para los alumnos y que después o éstos o los mismos maestros daban a conocer fuera de la escuela. De aquí la calificación de *epidíticas* dada a todas las oraciones que no eran o judiciales o deliberativas.

Gorgias para sus *epideízeis* no elegía una *tesis* sino algo *particular*. El hecho particular, en efecto, es lo que distingue la retórica de la dialéctica. Solía mostrar la persona o cosa de que hablaba desde dos puntos de vista : el *loable* y el *vituperable*. Son estas las « *singularum verum laudes et vituperationes* » de que habla Cicerón.

Así es que sus oraciones epidíticas venían a caer bajo el *lugar común* del encomio que enumera, precisamente, lo que se alaba o censura en una persona o cosa; y elocuencia *epidística* y *encomiástica* se hicieron expresiones sinónimas.

Así sabemos que tratándose de alabar a un personaje, por ejemplo a Aquiles, empezaba por ponderar la grandeza de



su padre Peleo y su abuelo Caco, llegando hasta Júpiter, padre de Caco.

Precedía a la demostración una enumeración.

¿Tratábase de demostrar que una mujer infiel es más digna de lástima que de condena? Empezaba por enumerar todas las causas que pueden ocasionar el desliz : los dioses, la fortuna, el hado, la violencia, la pasión, la seducción, etc., y después mostraba la fuerza de cada una de esas causas y la poca o ninguna responsabilidad que dejan al culpable.

¿Quería alabar? Héte aquí una enumeración de lo que en cada cosa es digno de alabanza : « adorno de una ciudad es el valor de los ciudadanos, del cuerpo la belleza, del alma la sabiduría, de una acción su moralidad, de un discurso la verdad, etc. » Después agrega « que no se ha de ver solamente en una cosa lo loable sino también lo que merece ser vituperado ».

Esas enumeraciones no son sino los después llamados *lugares comunes*; pero Gorgias, con su método, conseguía la ventaja de enseñar cómo se aplican a los casos particulares.

Sea como quiera, es a estas oraciones a lo que hacen referencia los gramáticos cuando ponen a Gorgias y a Protágoras entre los primeros que se ocuparon de *lugares comunes*. Es lo que se desprende de un pasaje de Cicerón en que da noticias sacadas de la *Historia de la Retórica*, de Aristóteles, que hoy no existe.

Es algo muy difícil de creer que por « el tratado de Gorgias » háyanse de entender aquellas mismas declamaciones escolásticas.

Gorgias fué el primero que se ocupó de elocución y estilo. Escribía en ático y algunos hacen comenzar por él, el ático antiguo. Esto demostraría una larga estada en Atenas, a no ser que ya hablara en ático cuando fué a Atenas por primera vez en 427 antes de Cristo.

Ya existían muchos ejemplos de prosa jónica; pero ninguno de ática; además de esto, aquéllos eran ejemplos de *prosa li-*

*teraria*, de la palabra dirigida por escrito a un público de lectores y no de la palabra viva y animada de las asambleas y tribunales.

Se encontraba, pues, Gorgias, frente a una tarea enteramente nueva; y es a esta circunstancia a la que se deben los defectos de su estilo en su primer manera, la sola que nos es conocida. Es presumible que no quedara extraño a los progresos de la retórica y mejorara su modo de escribir.

El dialecto ático debió de haberlo aprendido de los trágicos y de ellos, tal vez, el frecuente uso de palabras compuestas y metáforas poéticas.

Su período, falto de unidad lógica, tiene sin embargo, cierta adhesión exterior; está entrecortado en partes breves que se llaman unas a otras o por la afinidad o por la oposición del concepto o por la igual o diversa disposición de las palabras; las cláusulas terminan o por la misma palabra o por dos vocablos consonantes o morfológicamente equivalentes; agréguese la frecuente aliteración y otras figuras de palabra cuya invención se le ascribe.

Todo lo nuevo place y no ha de extrañar si Gorgias encontrara tantos imitadores en su principio; por lo demás el defecto está en el uso fuera de propósito y cuando, como en Isócrates, estas figuras vienen como por sí solas, resultan de adorno.

Por lo demás he aquí un ejemplo auténtico de su estilo, un breve trozo conservado por Dionisio; fué sacado de su célebre *epitafio u oración en alabanza de los muertos en batalla* :

« ¿Y qué faltó a estos hombres de lo que los hombres deben tener? ¿Y qué han tenido de lo que no deben tener? »

« Ojalá pudiera yo decir lo que quisiera y no quisiera sino « lo que debo, evitando la divina venganza y substrayéndome a « la humana envidia! »

« Porque estos hombres poseyeron una cosa divina : la virtud, y una humana : la mortalidad; estimando en mucho más « la apacible equidad que el prepotente derecho, y en mucho « más que el vigor de la ley, la rectitud de la palabra; esto juz-

« gando ley la más divina y universal, lo debido en lo debido  
« y decir y callar y hacer y dejar, etc. ».

Y así continúa, dice Dionisio, expresando las ideas más superficiales con las palabras más solemnes.

Se mentan de Gorgias dos panegíricos, esto es : oraciones recitadas en reuniones solemnes y festivas y un *epitafio* o discurso fúnebre.

Uno de los panegíricos fué pronunciado en Olimpia, durante la celebración de los juegos; el otro en Delfos, desde el altar magno del Dios. Dice que este segundo le dió mérito a que se le levantara una estatua de oro a costas de toda la Grecia, en el lugar mismo en que fué pronunciado. Pero, según otros, la estatua era simplemente dorada y según otros se la levantó él a sí mismo.

La costumbre en Atenas era alabar públicamente a los caídos en el campo de batalla; primero se hizo con el canto de una elegía y después con una *oración* llamada *epitafio*. La de Gorgias se cree pronunciada en uno de los años de la guerra del Peloponeso.

Andan con el nombre de Gorgias dos declamaciones escolásticas : el elogio de Helena y la apología de Palamedes. A la primera parece que alude Isócrates en su *Helena*. El mismo autor califica a estas composiciones de : *juegos de ingenio* « *lusus ingenii* ».

No hay razones para juzgarlas espúreas y como tal es la opinión de un Blass, podemos, con toda seguridad, adoptarla.

Menta Aristóteles un encomio de la ciudad de Elis; recuerda el precepto que daba de que los argumentos serios de los adversarios se han de debilitar tratando de ellos jocosamente y, viceversa, tomando en serio lo que dicen riendo. Llamaba a los buitres *sepulcros animados* de lo que se ríe Longino; Aristóteles tilda de despectiva la expresión : « *Pálidos y sangrientos negocios* » y que « quien siembre vergüenza hace una mala cosecha ».

Decía de la tragedia que es un engaño « donde el que logra

engañar es más justo que el que no lo logra y el que se deja engañar más sabio que el que no ».

De *Los Persas*, de Esquilo, dijo : « que era una tragedia llena de Marte »; de las mujeres : « que han de ser conocidas más por su buena reputación que por su fama. »

Se citan otros dichos y chistes de Gorgias que no vale la pena recordar ahora aquí.

En fin : Gorgias, para mí, era mucho mejor que su fama.

F. CAPELLO.